

LOS MOGOTES Y LA MOGOTINA

NOTAS DE CAMPO DE MARGOT LOYOLA PALACIOS, VERANO DE 1996

Pontificia Universidad Católica de Valparaíso

Margot Loyola Palacios

Desde muy pequeña allá en el Maule, mis ojos vieron por los caminos, carretas transportando papas, carbón, leña, trigo o *faltes*. Cuando iban vacías me llevaban al río, a la trilla a yegua, a la vendimia, a la saca de choclos... Siempre me parecieron hermosas, decorativas, identificadoras de montañas, valles o mares.

Un día cualquiera alguien compuso una canción en Viña del Mar, cuya letra comenzaba así:

La carreta en el camino

con su fardo va rodando

y los bueyes van tirando

lentamente a su destino.

Y entre fardos y entre espino

el labriego va cantando

con cariño picaneando

a su yunta va apurando

pa' llegar junto al molino

la carreta en el camino.

La melodía tenía cierto vuelo y cierto *aire* chileno... pero, el labriego ¿va cantando?

No, el hombre va rumiando su cansancio, su soledad, la injusticia de su destino. "*Con cariño picaneando*" continúa la canción, y yo me pregunto ¿podría alguien usar una picana para acariciar?

Entonces, cuando escuché esta canción tendría no más de 14 años, pero me sorprendió la letra y desperté de muchos sueños, comenzando a descubrir realidades; a mirar profundo, más allá de lo que ven nuestros ojos.

Los Mogotes y la Mogotina

Este verano de 1996 me propuse visitar la casa de algún carbonero, hombres esforzados que viven en lugares inhóspitos de montaña. Por una conversación en casa de la "Emperatriz del Maule" --como llamamos a doña Emma Jauch-- supimos de los mogotes y la mogotina, una mujer de recia estampa campesina que sabía defender sus derechos. Endilgué mis pasos hacia ese lugar gracias a la gentileza del gobernador de Linares don Víctor Chávez y de don Gustavo de la Fuente, encargado del Área de Cultura de Mineduc, quienes me facilitaron un vehículo que desafiaba caminos difíciles. Me acompañaba Emita y Osvaldo Cádiz, compañero de vida y rutas, además del conductor a quien le encantó compartir con nosotros este viaje.

A 20 km. de distancia de Linares se encuentra San Antonio, rincón que me cobijó en varias oportunidades durante mi adolescencia. Pedí la detención de la camioneta para volver a mis años mozos. Ahí estaba el sauce que nunca olvidé, con muchas ramas, llevando su vejez, a la entrada de la pulpería de don Froilán.

La pulpería estaba vacía, muerta, con sus puertas y ventanas herméticamente cerradas. Al frente, la casa de la familia Moreno convertida en almacén. Entonces, dije al dependiente: *"Déjeme recordar. Mire, aquí, exactamente aquí había un salón donde los grandes bailaban charleston, mientras yo en un rincón miraba extasiada y oía risas y cantos a la Adita, a la Negrita, a la Lelito. Atravesando esa puerta en el corredor la señora Dorila levantaba un pesebre, donde cada mes de diciembre se rezaba el rosario durante la Novena al Niño (*), que culminaba con tonadas al Niño Dios entonadas por campesinas con arpa y guitarra..."* Di las gracias y salí llorando.

Continuamos el viaje entre espinos, boldos, litres y zarzamoras, por un camino que empezaba a serpentear sobre una tierra roja con inmensas grietas. Más allá, una inmensa cruz levantada por la Sta. Rebeca Barros para ahuyentar al diablo que aparecía a menudo, espantando a los lugareños. De pronto divisamos los hornos donde la leña de hualo se convierte en carbón. Nos vamos acercando a Los Mogotes.

Siguiendo el chirriar de una carreta, en el recodo del camino nos encontramos con la escuelita solitaria, pues las clases aún no comenzaban: Por una ventana entreabierta divisó una sala desmantelada con unos cuantos bancos en desorden y en las paredes dibujos donde los niños plasman sus coloridos y tristezas. Después supe que la escuela tenía una asistencia de 15 alumnos, que luego bajó a 12 y este año, tal vez, llegue a 7, para un profesor y un 8° año básico. Un niño nos lleva hasta la casa del presidente de la junta de vecinos, don Manuel Salvador Inostroza Cáceres, quien resultó ser nada menos que el esposo de la famosa mogotina, la Sra. Herminia, que me recibe con los brazos abiertos.

Y tuve suerte, pues ella había vuelto a su casa sólo la noche anterior, después de haber permanecido en el hospital durante un mes sin poder hablar ni mover sus piernas, por un *flechazo* que no sabe de donde vino.

Nos instalamos bajo de un parrón en torno a un brasero y hablamos de lo divino y lo humano. También de lo inhumano, mientras Emita dibujaba, dejando en sus trazos la permanencia de un momento fugaz. Osvaldo penetraba el alma de los niños. Uno de ellos se llama Marco Antonio Acuña Orellana, tiene 15 años y es hijo de un agricultor. Cursó 8° año básico siendo el alumno más destacado de 1995: obtuvo el diploma otorgado por la Ilustre Municipalidad de Linares: -- "*Tiene poca fuerza en las piernas, se cae y no puede pararse... Recoge mora para ganarse unos pesitos y poder comer*".

Le pregunto ¿Cuánto gana por kilo?

-- "Doscientos pesos".

¿Y la Teletón?

-- "Le regaló una silla de ruedas. Pero quiere seguir estudiando.."

Hablemos de Ud., don Manuel. ¿Cuándo fue elegido presidente de la junta de vecinos?

-- "Tomé el cargo el 3 de septiembre de 1995... Hei tení'o dos reuniones con la junta regional y de ahí he saca'o algo pa' la cabeza..."

¿Y cómo encuentra su trabajo de carbonero?

--"Estricto y complicado. Uno puede de un momento a otro morir quemado. Todo el sector trabaja igual para sostenerse y vivir... hay otros peores que éste y están más lejos, pero los caminos son mejores..."

Es una vida trágica.

--"Pagan mal. \$ 4.000 el metro cúbico... el saco de carbón \$1.400, \$ 1.300 y a veces \$1.100. Supongamos: si llevamos 20 sacos de carbón sacamos \$ 36.000. Hay que comprar un quintal de harina, azúcar, yerba, aceite, forraje pa' animales... no que'a casi na' de plata. Se pi'e fia'o pa' pagar el próximo viaje".

¿Y cómo son estos viajes?

-- "Duran tres días y dos noches. En invierno hasta 4 días... uno duerme 'onde tocó... lleva sus monitos y amanece moja'o como huira... hay posa'a, pero hay que pagar".

¿Cuántas personas viven en Los Mogotes?

-- "Antes éramos 300, pero ahora estamos quedando unos 150 con niños y guaguas... los demás se han ido porque va pa' bajo la cuestión... Venden sus tierras a muy bajo precio... \$70.000 la hectárea, lo que en la ciudad cuesta 2 millones de pesos..."

Don Manuel saca la cuenta:

--"Para comprar una hectárea en el plan, habría que vender aquí 15 hectáreas".

Consortios extranjeros les compran sus tierras para plantar pinos y sabemos que el pino es malo para la agricultura que ellos defienden, aunque sólo cosechan trigo, porotos y verduras "pa darse vueltas en la casa".

El problema de la salud es tremendo, la posta no tiene auxiliares permanentes. En los meses de mayo a septiembre quedan aislados, llueve mucho y los caminos se tornan intransitables.

¿Y qué pasa con los enfermos?

--"Hay que hacer algo pa' no dejar morir... al hombro entre 4 o 5 hombres, kilómetros y kilómetros".

De pronto se siente agua que cae de una llave: "*¡Que bueno! sí han dado preferencia al agua. Ahora falta un proyecto sobre la luz*".

El mate servido por una mujer joven pasa de mano en mano, de boca en boca la bombilla, los niños saborean golosinas, Osvaldo reparte huevos duros, pan y queso; Emita colorea su dibujo, captando el alma de la naturaleza y yo *le saco los vestidos* a mi guitarra y canto. Todos escuchan en silencio siguiendo la letra de la tonada. Mi amada mogotina (porque la amé desde que supe de ella) toma mi guitarra y trata de rasguear y cantar una tonada, no le responden los dedos, ni la voz, ni la memoria.

Así llegó la despedida. No me gustan las despedidas. Ella me acompañó unos pasos y me entregó una sonrisa. De regreso no gocé el paisaje pensando y pensando en el destino negro e injusto de los hombres de montaña, leña y carbón.